

Unos gilipollas de aúpa

Hay gestos que entrañan tal afrenta a los que sufren que nadie debería permitirselos

LORENZO SILVA



Mario Calabresi ha dirigido los diarios italianos 'La Stampa' y 'La Repubblica', pero en las páginas de 'Salir de la noche', su obra recién traducida entre nosotros por Libros del Asteroides, evoca una terrible historia personal. La de cómo su padre, el comisario Luigi Calabresi, fue asesinado a traición por unos pistoleros tras una campaña de prensa acusándolo, sin pruebas y contra la verdad de lo acontecido, de la muerte del anarquista Giuseppe Pinelli. A la campaña se sumó un manifiesto firmado por más de ochocientos intelectuales progresistas italianos. Tampoco faltó el dramaturgo Dario Fo, que en su obra 'Muerte accidental de un anarquista' dio pábulo a la calumnia y ayudó a extenderla.

El libro es desgarrador por muchos motivos. El policía dejó una joven viuda de 25 años con dos niños pequeños y un tercero en camino. Durante mucho tiempo se sintieron poco menos que unos leprosos, unas víctimas ignoradas que a medida que pasaban los años veían además cómo los violentos entre los que se reclutaron los asesinos de su esposo y padre accedían a investiduras públicas tras cumplir sus penas o beneficiarse de generosos indultos.

Y no solo eso: apunta Calabresi que en las librerías se amontonaban los títulos sobre los 'años de plomo' firmados por antiguos terroristas, mientras que el relato de su tragedia, el de las viudas y los huérfanos de los policías muertos, muchos de ellos gente humilde, no suscitaba ningún interés a los editores ni parecía atraer a los creadores de ficciones. De qué nos sonará a algunos esa asimetría, tan llamativa y tozuda.

Leer 'Salir de la noche', con los testimonios que incluye de otras víctimas, además del propio Calabresi, en estos días en que exterroristas con delitos de sangre renuncian graciosamente a ocupar cargos públicos, resulta estremecedor y esclarecedor. Sostiene con lucidez Calabresi que las víctimas no son las que deben marcar cómo y cuándo los victimarios se reinserían en la sociedad con pleno derecho, que eso lo deben decidir las leyes y quienes representan la voluntad popular; pero que hay gestos que entrañan tal afrenta a los que aún sufren que nadie debería aspirar a permitirselos.

Frente a la idealización heroica de los 'revolucionarios' se alzan las palabras de Francesca Marangoni, hija de un médico asesinado por las Brigadas Rojas: «Eran solo unos desgraciados que llegaron a la lucha armada para redimir vidas sin perspectivas, personas pobres de ideas y de espíritu». «En definitiva», zanja sin piedad, «unos gilipollas de aúpa».

El G-7 en Hiroshima

EDUARDO MOZO DE ROSALES

Las potencias industriales trasladan a China un mensaje para que frene a Putin porque solo la geopolítica marcará el final de la guerra en Europa

Conviene recordar que el G-7 es el club de las democracias industriales del mundo, aunque para los países no alineados huele un poco a cerrado. Lo componen Estados Unidos, Canadá, Japón, Reino Unido, Italia, Francia y Alemania, a los que se suma la UE. Languidecía, pero la guerra le ha dado aire, aunque India propondrá una nueva composición del Consejo de Seguridad de la ONU, que pueda dar un mayor espacio a otros Estados que llaman a la puerta. Por ello, el mayor acierto de la cumbre es contar con otros invitados de peso, al invitar a grandes economías no alineadas como India, Brasil, Indonesia y Vietnam y a potencias regionales como Australia, lo que proporciona al invitado sorpresa, Volodimir Zelenski, un diálogo directo con países que no secundan las sanciones. Como resumen, la reunión ha cerrado las filas occidentales en sus medidas contra Rusia y en sus avisos a China, al tiempo que da un paso más en la ayuda militar aliada con el anuncio de dotar a Ucrania, a medio plazo, con aviación militar.

No resulta casual la elección del lugar de la cumbre porque está cargado de simbología. Hiroshima sufrió en 1945 con la bomba nuclear que acabó con la Segunda Guerra Mundial. Por eso los miembros del G-7 la eligieron sede de su reunión anual y visitaron juntos el museo del horror que supuso la bomba y recordaron a Putin que abandone sus veladas amenazas de utilizar la guerra nuclear. Otro símbolo es celebrar la reunión en Japón, en pleno Pacífico, para recordar al líder chino que la zona no es su patio trasero. Un Japón renacido bajo el reformista Fumio Kishida, que duplica su gasto militar y refuerza el movimiento americano para restringir el acceso de China a microchips de alta gama, tan básicos para el impulso de la inteligencia artificial o el armamento de nueva generación.

La reunión trató de apretar las sanciones económicas a Rusia, cuya eficacia está por ver porque el PIB ruso ha crecido en



el último año lo mismo que el europeo, ya que sigue vendiendo su petróleo a países como China e India e indirectamente a Turquía. Consciente de ello, el G-7 busca secar otras fuentes de ingresos y de ahí su intento de frenar la exportación de diamantes rusos al mercado de Amberes, que rechaza la mayor y argumenta que si no los compran ellos, el mercado se irá a otro lugar fuera de la UE. Lo cierto es que no está bien visto relacionarse con Putin y buen ejemplo de ello es la polémica por la desmentida presencia del exCEO de Google, Eric Schmidt, en el foro económico de San Petersburgo.

El G-7 ha tratado de que su discurso llegue a los países no alineados y en este esfuerzo se ubica también la presencia del viajero Zelenski, quien, tras reunirse en Yeda con la Liga Árabe –robándole la foto del regreso al sirio El-Asad– aprovecha la presencia en Hiroshima de Modi, Lula y otros invitados no alineados para hablar cara a cara y desmontar el relato de Putin. El antiguo cómic, que es recibido con abrazos por Meloni, Sunak y Scholz, pero solo con un medido apretón

de manos por Macron, recibe el compromiso de apoyo militar, aviación incluida, y presenta ante la cumbre su plan de paz, como los chinos, saudíes y el propio Vaticano. Bajo las ruinas de Bajmut sigue la guerra, pero ya se empieza a hablar de paz, aunque la cosa aún va para largo.

Mientras Xi corteja esta semana a las repúblicas exsoviéticas de Asia central, Occidente busca recuperar presencia global y articular inversiones estratégicas, aún sin precisar, que puedan competir con la Ruta de la Seda. También se propone limitar la exportación occidental de productos de alta tecnología y vigilar las exportaciones e inversiones chinas, acordando para ello la creación de una nueva plataforma que identifique las prácticas de coerción económica, nuevo término para describir el intento chino de interferir en la soberanía de los Estados con medidas económicas indirectas o que utilicen la llamada 'trampa de la diplomacia de la deuda'. Nada nuevo bajo el sol: emplear tus armas económicas para influir en las decisiones de otros. Además, el G-7 se esfuerza mucho con la semántica, afirmando que persigue reducir el riesgo de una dependencia de poderío manufacturero chino, pero sin buscar su desacople ni limitar su desarrollo. Algo así como 'China, hemos creado un sistema para vigilarlo'.

Como conclusión, la cumbre sigue posiciones más europeas, pero nos deja un mundo más polarizado, que afecta también a la cadena de suministros, que sigue global pero menos. Putin responde con amenazas y Pekín con diplomacia, convocando al embajador japonés. El G-7 traslada, además, un mensaje a Xi para que frene a Putin porque la geopolítica y solo ella marcará el final de la guerra en Europa. Una guerra que, tras la prevista contraofensiva ucraniana, tiene todo el aspecto de acabar con un acuerdo para la retirada rusa, que le permita retener Crimea e instalar una administración internacional neutralizada para la controvertida franja del Donbás.

Vota CDS

PÍO GARCÍA



Las campañas electorales han caído mucho en términos de 'merchandising'. El declive está siendo elocuente y doloroso. Ya no hay mecheros ni bolígrafos y ni siquiera he visto globitos de colores. Hasta hace pocos años, sin embargo, en cualquier calle te podías encontrar a varios candidatos sonrientes sacándose de los bolsillos llaveros o pines, como magos besucones que iban por la ciudad repartiendo ilusión y caramelos.

Ahora solo en Podemos detecto un entusiasmo por el 'souvenir' que agradezco, aunque, desde el punto de vista del 'prêt-à-porter', yo habría preferido un lapicero morado antes que una camiseta con la cara del hermano de Ayuso. Ahí vi un fallo de estilismo que Yolanda no se habría permitido. La ministra Belarra la llevaba puesta el otro día en el Congreso, pero no parecía una bolchevique a punto de iniciar la revolución, como quizá fuese su propósito,

sino una chavala en plena despedida de soltera pidiéndole al 'discjockey' una de Alaska. No me habría extrañado que escondiera bajo el escaño el chupito de tequila rosa y una diadema de formas anatómicas vagamente cilíndricas.

En mi caso, cada vez que comienza una campaña se activa en mi cerebro una neurona que repite obsesivamente una musiquilla feroz, que tengo grabada a sangre y fuego desde los dieciséis años. Es un soniquete perverso y agotador del que no consigo desembarazarme por mucho que escuche a Haendel o a Metallica. Estoy seguro de que el día en que me muera, postrado en la cama, febril, agonizante, entre estertores y ahogamientos pronunciaré penosamente mis últimas palabras: «Vota CDS, vota libertad, vota por el Centro Democrático y Social».